

CARMEN Y SU ISLA

Manuel González Sosa

No sé por qué la tierra que ha visto crecer nuestra infancia tiene tan fuerte poder evocador, tan profundo interés para nosotros. Si esta tierra es una isla, perfectamente delimitada por el océano, parece que aún nos llama más, que su individualidad está mejor definida, que su rostro se nos graba como el rostro de una madre, que, hasta con los ojos cerrados, seríamos capaces de pasar la mano por su contorno dibujado en el mapa.

Todos coincidimos en reconocerle al recuerdo un fuerte poder de acendramiento, un poder que es más bien una fatalidad. Hasta la incidencia más ingrata, vista desde la memoria, pasado un tiempo más o menos largo, pierde calado aflictivo, y acaba difuminándose en el resplandor que despide el conjunto de las vivencias dichas, mitificadas sin remedio.

El fenómeno, en la vida y en sus rastros, es de constatación diaria, y en el caso de Carmen Laforet podemos verlo con llamativa frecuencia en lo que toca a su etapa insular. En *La isla y los demonios*, en este o aquel detalle de algunas de sus otras narraciones y sobre todo en las series de sus escritos periodísticos, que por no responder a un plan constructivo previo se produjeron con mayor carga de sustancia confidencial. Lo que sigue se apoya básicamente en esos escritos y en declaraciones de la autora realizadas hace decenios.

Como es ley de la vida, los años de Carmen Laforet en Gran Canaria (de los dos a los dieciocho) no constaron tan sólo de horas lucientes. A las pesadumbres, leves o intensas, derivadas de sucesos familiares y de los reflujos del ánimo, se unieron las que motivaban las restricciones impuestas por la condición geográfica del medio y lo reducido de su espacio. Según ha confesado, ella, como todos, se tuvo por "encerrada en los límites terriblemente precisos" de la isla y en su momento, lo mismo que tantos, reaccionó con un deseo de huída, fomentado en su caso por las incitaciones de las lecturas y los espejismos de una imaginación inquieta. Cuando volvió a la isla por poco tiempo, en 1951, en el Gabinete Literario de Las Palmas se le oyó recordar algunos de los versos del poema de Alonso Quesada "Tierras de Gran Canaria". Probablemente, hubo ocasiones en que su adolescencia isleña debió de sentirse más o menos identificada con el estado de espíritu que dio origen a ese poema:

... Yo, desnudo y solo,
sobre una roca, frente al mar, aguardo
el mañana, ¡y el otro!
¡Horas amadas
no nacidas aún!...

Con el tiempo, ya en tierra firme, de cara a horizontes más cercanos y accesibles, su afán de evasión cambia de objetivo. Subsiste todavía pero obedeciendo a causas distintas, con el arraigo sin caducidad de los que es efecto, más que de las circunstancias, de la condición humana. Y el marco y el modo de existencia que acaso llegaron a sentirse como un destierro, la estancia en el "redondel sin salida" (Ángel Johan) donde acechaba el aislamiento, se convierten en foco de nostalgia. De una

nostalgia que no engendra el ansia de recuperar al menos el escenario de la vida dejada atrás, sino que se satisface rememorando fruitivamente ese escenario y partes de la secuencia biográfica en él ocurrida.

Una nostalgia en cierto modo creadora a fuerza de idealizar lo pasado y lejano. Selecciona y estiliza los recuerdos y funda con ellos un ámbito de atmósfera y configuración edénicas. En él sobre todo los elementos del paisaje son motivos de visiones sugestivas. Los primordiales –el mar, la tierra, el firmamento- y los que, sustraídos del magnetismo cósmico, permitieron en su día una relación muy estrecha con la naturaleza. De un lado, las montañas de presencia dominante y lejanías violetas, el azul incendiado del océano y el rumor del oleaje; el cielo con la sucesión de sus cambios cromáticos, y la luz que aproxima las lontananzas y hace vibrar el contorno de las formas cercanas... Y de otro lado, las rocas secas y las tuneras erizadas que rasguñan o punzan la piel de los niños entregados a sus juegos; las rosas silvestres que en los setos campesinos tientan a ser cortadas; el olor de los jazmines aromando las noches tibias; el canto rodado que, envuelto en un trozo de tela, es preferido a las muñecas de verdad; la arena negra de la playa de La Laja en contraste con la blancura de unas paredes y el añil espeso de puertas y ventanas; la vida submarina entrevista con los ojos pegados al agua de los charcos del litoral...

A veces, cuando se centra en determinados aspectos, la escritura de Carmen Laforet linda con el poema en prosa. Así en el caso de un depósito de agua improvisado cuya presentación nos lleva a pensar en Azorín, no tanto por la insignificancia del objeto en sí como por el sentimiento con que está visto en su entorno. "Este bidón – cuenta en un texto de 1951- este bidón, debajo de un grifo que, a veces, en épocas de restricciones, no goteará, tiene para mí una sugestión extraordinaria. Recuerdo uno así a cuya agua verde se asomaba mi cara de siete años... Esparcía humedad y riqueza. La tierra que se encontraba a su alrededor, reblandecida y bienoliente, nos servía a los chiquillos para modelar lo que nos imaginábamos obras maestras. Una vida pequeña, intensa, de bichillos de la tierra, pululaba en torno a él. Y colocado como estaba junto a un camino de cipreses, su bienhechora proximidad había hecho crecer a dos de ellos, levantar su gracia verde oscura muy por encima de sus hermanos. Y cuando uno miraba sugestionado, en el espejo del agua, aquella altura de los árboles, éstos se hacían profundos, espirituales..."

Pero no sólo de imágenes de realidades inanimadas está hecha esta isla "de dorados recuerdos". También de otras que pertenecen a la parva humanidad que fuera el círculo habitual de la escritora en sus años aurorales. En primer término, las figuras que resalta el afecto: el fantasma de la madre muerta tempranamente, el padre, los hermanos, más gente de la familia, los amigos, algún personaje forastero visto como un ejemplo envidiable de vocación aventurera. Las filas del fondo, en cuanto a la fisonomía moral de sus integrantes, apenas dejan adivinar las sombras del claroscuro de las que son proyección. Se trata de seres reclusos en la clausura de una roca oceánica, pero con el espíritu alerta; cuando no viajeros, alentando un deseo de nuevos horizontes que no contradice el apego al terruño; practicantes de un modo de vida que no ve en las diferencias de casta o de fortuna ningún impedimento para la amistad o el amor.

Todo esto hace que se comprenda por qué Carmen Laforet erradicó el deseo de cotejar sus recuerdos quintaesenciados con la realidad isleña subsistente. Se percató muy pronto de su fragilidad y del riesgo de ponerlos a prueba. A propósito de esta actitud de la novelista, su hijo Agustín escribió hace años que "si alguien se asombra de que no quiera volver a la isla donde vive su hermano y conserva tan buenas amistades, es posible que mamá le dé la explicación: el recuerdo de aquella tierra, que fue un paraíso sin sentirlo, ocupa un lugar demasiado hermoso en su memoria. Es tan

cristalino, tan completo, que sería una tontería arriesgarlo en la inútil aventura de un encuentro imposible."

Cierto. Frecuentemente la memoria nos da depuradas las representaciones que actualizan en imágenes experiencias y vivencias pretéritas. Esas representaciones aclaran o disipan las sombras, o intensifican y expanden las claridades. Pero su obra transfiguradora la cumplen mejor si media una disposición cordial estimulada por la generosidad y el impulso hacia la belleza. Como en el caso de Carmen Laforet.